

Noche de demonios y pulgas

Las noches imprecisas que tuvieron lugar esa semana, la calma sobrenatural de la provincia de Chaco, el silencio a ratos perturbado por la plaga de grillos, fueron por cierto algunas de las características que rodearon y sirvieron de ámbito para uno de los horrores más siniestros de la Argentina en los tiempos de Perón.

Era el séptimo vástago masculino consecutivo de una familia de inmigrantes bávaros. Figura de alta estatura, negros cabellos y firme rostro de marcadas facciones óseas, tenía por profesión la contabilidad y la enseñanza de matemáticas en Resistencia. Cuando lo hallaron, despojado de su ropa, temblaba y su cuerpo bañado estaba en una especie de secreción gelatinosa y transparente de muy mal hedor. ¿Cómo apareció en Sáenz Peña? He aquí la historia —ojo, en blanco y negro— de Julius L. Schmalz.

* * *

La habitación era la trece. En ella hospedábase Schmalz al momento del horrible suceso, mas, dada su bohemia costumbre de todas las noches, se creía en recepción que había abandonado el hotel a eso de las diez y media y aún no regresaba.

La mujer del cuarto contiguo fue la primera en oír los bufidos. Llamó desesperada a recepción para informar de la situación; al rato, otros tres aterrados huéspedes hicieron lo mismo. No tardó en propagarse el eco de los feroces ruidos por todos los vestíbulos el hotel, y los encargados, tanto más asustados que sus clientes,

optaron por telefonar a la policía a eso de las doce y quince de aquel viernes de mayo. Demoraron un buen tiempo en llegar.

El perito que controlaba la operación, de apellido Morales¹, evacuó el edificio ya restando diez minutos para la una de la madrugada. Los huéspedes, vistiéndose a duras penas sus pijamas fuera del hotel, resultaban cerúleos y pasmados. Una que otra dama terminó desfallecida, y los pocos niños presentes encontrábase bastante inquietos.

Recién veinte minutos después, Morales y los demás pesquisidores pudieron al fin determinar que los ruidos se asemejaban a los rugidos de alguna especie de animal salvaje. Aquellos refunfuños adquirirían una formidable resonancia debido a la poca cantidad de muebles y enseres de la habitación trece; pero al parecer no era para tanto, sólo se trataba de alguna fiera que seguramente se había fugado del zoológico de Sáenz Peña y que, para alivio de todos —alivio a medias—, no podía escapar del cuarto porque su alquilador habíalo cerrado con llave antes de partir a su trasnoche.

La duda que sin embargo venía a estropear de inmediato esa última certeza era «*cómo coño había llegado ese animal allí*», estando la puerta bloqueada y las ventanas cerradas con cerrojo. «*¿Tendrá algo que ver el contador alemán con todo esto?*», se preguntaba Morales inquieto, absorbiendo la humareda de su cigarrillo como poseso. Pero se lo cuestionaba abstractamente, la verdad no con palabras serias. Y para obtener más información del inquilino, mientras aguardaba con cierta impaciencia la llegada de los veterinarios del zoo de Sáenz Peña, se fue donde uno de los recepcionistas del hotel.

—*Hola, perito Edmundo Morales* —dijo, y mostró su licencia mientras se tanteaba los bolsillos de su sobretodo en busca de un nuevo pucho.

—*Buenas noches.*

¹ Una sugerencia al lector es imaginárselo vistiéndose un cortavientos, con sombrero de medio coco encintado y barba dura a medio crecer.

—¿Qué datos me podés dar del huésped de la habitación que nos está dando problemas? —continuó apoyando los codos en el aparador, con la mirada fija.

—Bueno... *el señor Julius Schmalz, a decir verdad, era medio excéntrico. Se las pasaba mañanas y tardes en el cuarto, y sólo salía para cuando la noche...*—respondió trabando continuamente su lengua— *Me... bueno, me llamaba la atención su largo abrigo de pieles marrón con ese capuzo en el cual escondía la, la cara.*

—¿Qué más podés decirme? (¡Maldito tartamudo!, pensó).

—*Nada, creo; no era de muchas palabras y bueno... nunca le vi muy, muy, muy claro el rostro por eso de la caperuza.*

La conversación quizás siguió, pero la atención de ambos no llegó más allá, disipando la noche y los groseros ruidos sus palabras. El detective Morales, tras un sucinto adiós, se fue donde Oberti y le dio la resumida de los datos proporcionados por el recepcionista. Luego ambos apoyáronse en su vehículo negro, así como satisfaciendo la necesidad de cumplir con un prototipo detectivesco, uno fumando y el otro jugando con una moneda. Miraban de reojo a los presentes. Como era una noche jodida, todos parecían sospechosos; incluso la misma señora que dio el primer aviso del hecho.

Exactamente cuando el reloj de Oberti marcaba la una más un tercio de hora fue que llegó la camioneta de los del zoológico. Se estacionó en vertical, y de ella bajaron cuatro sujetos, de los cuales dos parecían ser expertos mientras el otro par eran algo así *como ayudantes*. Uno de los expertos, de ancha nariz y pelo arremolinado, se acercó a Morales y se presentó:

—*Hola. Mucho gusto, soy Daniel Gigliazza, veterinario del zoológico de Roque Sáenz Peña.*

—*Buenas noches doctor* —dijo complaciente Morales, mientras tendíale la mano.

—¿Usted me podría explicar mejor qué bolas pasa? —preguntó Gigliazza, avvicinándose un poco y con una voz más susurrada que la anterior.

—Mire, no estamos del todo claros. Se nos llamó hace ya más de una hora porque alguien dio el aviso de unos guturales sonidos en la habitación trece. Bueno, el asunto es que llegamos y hemos determinado que se trata de alguna especie de animal salvaje, pero los esperábamos a ustedes... deben saber qué rayos pa... —el detective se interrumpió solo, golpeó el paladar con su lengua y reorientó el rumbo de su enunciado moviendo sus córneas de izquierda a derecha— ¿No se les ha escapado ningún bicho del zoo, doctor?

—Pues no che, qué va. ¿De ese tipo de animales estamos hablando!

—Escuche por usted mismo —dijo Morales, mientras ponía un dedo en sus labios invocando al silencio.

Gigliazza lo miró con extrañeza. Seguramente no habría sabido que responder, estaba tan desfigurado; pero naturalmente lo estuvo mucho más para cuando oyó uno de los gruñidos salvajes que provenía del tercer piso. Esperó un rato, como que no podía expresarse, hasta que al fin, inflando los orificios de su ancha nariz, preguntó aterrado:

—¿Y el que se hospedaba en el cuarto... está, digamos... junto a la bestia?

—No. Es un tipo algo raro que salió al anochecer —replicó para alivio del veterinario—. Pero yo tengo la corazonada de que algo tiene que ver Schmalz con la fiera del cuarto; de seguro él la trajo. Estamos a la espera de que llegue para hacerle un debido interrogatorio, un animal no puede aparecer así como así en un hotel.

—Me imagino. ¿Es alemán?

—En realidad es hijo de inmigrantes, lo sé por el apellido, es poco común —sentenció Morales, aventurándose, mientras pisoteaba la colilla del cigarro. Volvió su

mirada al doctor, carraspeó, metió una mano al bolsillo y expulsó nasalmente la última humareda que aún flotaba dentro de sus pulmones—. *Este asunto está jodido doctor.*

Una señora, algo rechoncha, acercóse donde Morales y Gigliazza interrumpiendo con un grito desgarrado que era todo falsete:

—¡*Che!, pibe, atrápen a esa cosa que queremos dormir.*

* * *

De la camioneta los *como asistentes* extrajeron unos cuantos maletines convexos. Dentro había jeringas, botellitas debidamente rotuladas, mallas y collares. Apurados y ruidosos, los expertos subieron por las escaleras de incendios, acompañados por Oberti y Morales que iban unicejados, revólver en mano; el primero además portaba una polaroid para dar fe de posibles hechos de carácter inverosímil.

Todos abajo estaban alborotados y expectantes. Los niños mordíanse los labios y los hombres abrazaban a sus aterradas mujeres. El aire volvióse espeso, y adquirió pronto el hedor dulzón característico de aquellas noches que albergan episodios aberrantes e imborrables en la memoria humana. Los grillos cantaban estridentemente; más fuerte que antes, y es que todos habían cedido ante el ímpetu del silencio (respiración hacia adentro), el silencio que es consecuencia de la prolija curiosidad.

Terminaron de subir. Al fin los sujetos dieron con el vestíbulo del tercer piso, y eso tras derribar la pequeña salida de emergencia a un costado del edificio. Encendieron las linternas los detectives, y detrás fueron avanzando los veterinarios, en medio de la penumbra, con sus armas químicas listas y atentas. Pronto dieron con la puerta, esa puerta que los aguardaba como la boca misma del infierno, brillando su contorno debido

al haz de luz rojiza (o al menos ese tono grisáceo delator del rojo en el mundo del blanco y negro) que destellaba desde el interior de la trece.

Morales forzó la puerta hasta abrirla. Primero les horrorizó el hedor a pudrición, a huevo güero, a *pulga*, a madre selva muerta. Luego vino el ensordecedor aullido gutural, aullido que de seguro todos los que estaban afuera oyeron con el más enfático de los pánicos. Y al fin vino la insoportable visión. Sacudiéndose entre la niebla caliente y pegajosa de la habitación emergía un enorme cánido de pelaje grisáceo y húmedo que los miraba directa y fatalmente con un par de lumbres que refulgían como ya siendo los ojos del mismísimo *demonio*. Sus garras afiladas se clavaban en el parqué, mientras su hocico olía el aire siguiendo la humana y apetitosa pista aromática.

—*¡Le dije que era una bestia!* —alcanzó a gritar Morales, despavorido.

—*Ya veo... ya veo* —tartamudeaba Gigliazza, deshaciéndose de la neblina con sus manos breves.

El monstruo ultimó los susurros con la gala feroz de su increíble y amarillenta (gris-alba) mandíbula babosa. El pelo del lomo estaba erizado, las fauces iracundas y la respiración agitada. Entre sus patas traseras enredábase lo que parecía ser una tripa humana, y esa tripa iba en dirección a una sombra negra que lo espumoso de la bruma no dejaba divisar con claridad. Los como ayudantes del zoológico huyeron horripilados, cobardes, dejándole la tarea sólo a los peritos y los veterinarios que suficiente era el terror que traíanse entre las entrañas ante semejante *demonio*.

Oberti estaba pasmadísimo. No atinaba a nada con esa gigantesca fiera enfrente; Morales tuvo que quitarle la polaroid de las manos y ¡pish!, sacar una arriesgada instantánea para el peritaje. Luego tomó al doctor Gigliazza por el codo y lo puso delante para que cumpliera con su labor de adormecer al animal.

El veterinario disparó, logrando aturdir un poco al canino. El otro veterinario, desde más atrás, disparó el anestésico justo en el lomo, y la fiera se fue acallando con fuertes gemidos de eco grandilocuente. Para cuando llególe la tercera descarga química, cerca de la nuca, se desplomó en el suelo resoplando y refunfuñando hasta dormirse por completo y desaparecer entre la nauseabunda niebla que voraz abrumaba todo.

Morales dio el primer paso, ingresando a la trece no sin algo de temor... algo decíale que las cosas andaban mal; Oberti siguióle por atrás, temblaba y hacía temblar la cámara. Tropezando con un bulto, el detective sacudió el vapor con sus manos para ver de qué *demonios* se trataba.

—*¡Mierda!* —gritó—. *Un pibe destripado.*

Oberti acercóse, y sin poderse contener el asco, se fue a un rincón a desalojar el café de su estómago. Morales, polaroid en mano, ¡pish!, perpetuó la imagen del destrozado cadáver infantil en un suelo cubierto por profundas pozas de sangre.

—*Vamos, che, tenemos que cargar esto* —sugirió Gigliazza, tras ver los restos del chico y volver la mirada al monstruo—. *No queremos que se despierte mientras lo cargamos, apurémonos viste.*

Encendiendo otro pucho (definitivamente debía ceder ante el prototipo detectivesco que le reportaba fama), Morales comenzó a cercar el cadáver. Botó la pavesa, apretó la memoria número uno de su aparato celular y se comunicó con los forenses para que se hiciesen cargo del revoltijo de entrañas. Luego se persignó —pese a que no era creyente—, acaso temiendo un evento diabólico, y se fue a ayudar a los demás a darle amarras al asqueroso ente canino que aun dormido infundía peligro.

La exclamación de las personas fue mayúscula cuando vieron salir atado al grotesco cánido, que cubierto de nebulosa gris, olía a diantres. No tardó en saberse que había un chico muerto en la trece, y todos los rumores acusaron a Julius L. Schmalz de

asesino, de *demonio*, de inmigrante nazi. Morales refase por dentro, sabía que se trataba en realidad de un germano hebreo y por tanto era imposible que fuera nazi. Mas la gente de eso no tenía mucha idea, y culpabilizaba al contador de alojar en su cuarto a un *demonio* voraz y autor de las más horrosas pesadillas de Chaco.

Ya los forenses habían llegado, y la noche inmunda —pronta a aclarar— veíase iluminada por todas las sirenas encendidas al unísono de los coches mal estacionados fuera del hotel, todos aparcados en una fila insolentemente vertical.

—*Le suministramos más droga* —díjole el otro veterinario a Gigliazza, mientras le alcanzaba un paño—. *Ya no despierta hasta mañana.*

El doctor asintió como signo de aprobación. Se dio media vuelta cuando entrevió cruzarse a Morales por su espalda.

—*Bien hecho detective* —le dijo mientras limpiaba sus manos con el trapo viejo—. *Ya no nos queda más que llevar este espécimen al laboratorio para cerciorarnos de qué se trata; al menos ya sabemos que del zoológico no se escapó. No tenemos una fiera tal en Sáenz Peña.*

Morales rió con sueño, despidióse del doctor y miró al cielo, a la inmensa luna llena, casi al revés de tan grande, antes de subirse al vehículo para concluir con esa tediosa noche. ¡Tapf!, puertazo.

—*Andando Oberti* —pronunció, interrumpiendo el canturreo milonguero de su congénere, y todo eso fue también un cliché detectivesco en blanco y negro.

* * *

Amanece en Roque Sáenz Peña. La gente no ha olvidado el terror de una noche de los mil *demonios*. En el hotel todos los clientes abandonaron sus habitaciones. En el

zoológico, la jaula que alberga al feroz animal se mantiene cubierta por una manta color gris. Desde lejos, Gigliazza ordena a los cobardes asistentes que lo descubran.

—*Es hora de hacer los estudios* —medita en voz alta.

...

Y para la sorpresa de todos, en medio de una gelatina pútrida, aparece un hombre desnudo de facciones óseas y negro cabello... Tiembla. Su mirada ojerosa está extraviada y exhausta. Tiembla. Su cuerpo saturado de llagas coaguladas; una muy grande aún sangra en la parte superior de su dorso, cerca de la nuca. Tiembla. Jadea. Mira de reojo... y, con el largísimo tercer dedo de su mano derecha, se remueve una *pulga* que andábale por ahí picando en la pálida mejilla izquierda.